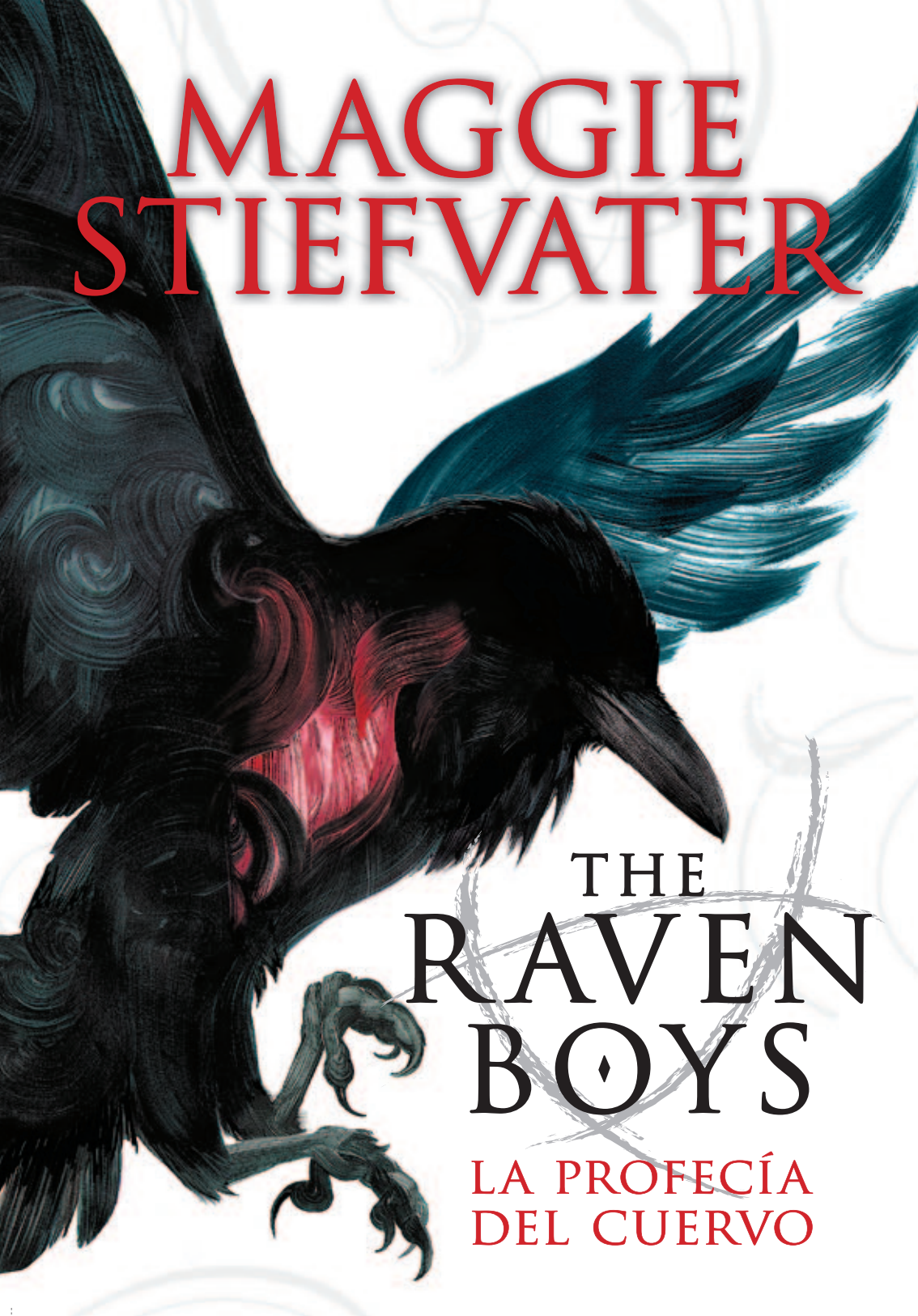
MAGGIE STIEFVATER
THE RAVEN BOYS
LA PROFECÍA DEL CUERVO

Título original: *The Raven Boys*

Publicado por primera vez por Scholastic Press en 2012
Copyright © 2012 Maggie Stiefvater
All rights reserved. Published by arrangement with Scholastic Inc.,
557 Broadway, New York, NY 10012, USA

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez
Traducción: Alexandre Casal Vázquez

La compra de derechos de este libro se negoció
a través de Ute Körner Literary Agent, S.L., Barcelona
www.uklitag.com

© de esta edición en castellano:
Ediciones SM, 2013
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Brenna,
porque se le da bien buscar cosas.

Escrutando hondo en aquella negrura
permanecí largo rato, atónito, temeroso,
dudando, soñando sueños que ningún mortal
se haya atrevido jamás a soñar...

Edgar Allan Poe, *El cuervo*
(traducción de Julio Cortázar)

Un soñador es aquel que solo puede hallar su camino a la luz de la luna, y su castigo es que ve el amanecer antes que el resto del mundo.

Oscar Wilde

PRÓLOGO

Blue Sargent ya no recordaba cuántas veces le habían dicho que mataría a su amor verdadero.

Su familia se dedicaba a las predicciones. Pero las predicciones tendían a ser bastante poco específicas. Cosas como: «Hoy te pasará algo horrible. Quizá tenga que ver con el número seis». O: «Se te acerca dinero. Atrápalo». O: «Debes tomar una decisión importante que no se tomará por sí sola».

A la gente que se pasaba por la pequeña casa color azul claro del 300 de Fox Way no le importaba la naturaleza imprecisa de su destino. Adivinar cuándo se materializarían las predicciones se volvía un juego, un desafío. Si, dos horas después de haberse hecho leer el futuro, veía llegar a su casa una furgoneta con seis pasajeros, el cliente reaccionaba con alivio y satisfacción. Cuando un vecino quería comprarle una vieja cortacésped a cambio de un poco de calderilla, la clienta recordaba la promesa de dinero y accedía a venderla con la impresión de que aquello era cosa del destino. O si oía a su mujer decir: «Esta es una decisión que debemos tomar», un tercer cliente recordaba que Maura Sargent, extendiendo las cartas del tarot, había pronunciado aquellas mismas palabras, y se ponía en acción sin dudarlo.

Sin embargo, la naturaleza imprecisa de las adivinaciones les restaba algo de poder. Podían tomarse por coincidencias, por corazonadas. Se reducían a una risita en el aparcamiento de Wal-Mart cuando, como habían prometido, te encontrabas a una vieja amistad. Un estremecimiento cuando el número diecisiete aparecía en la factura

de la electricidad. Una súbita confianza en que, pese a que conocieses tu futuro, eso no iba a cambiar tu manera de vivir en el presente. Eran verdad, pero no eran toda la verdad.

–Tengo que decirte –le avisaba siempre Maura a sus clientes nuevos– que esta predicción será precisa, pero no específica.

Así era más fácil.

Pero eso no era lo que le decían a Blue. Una y otra vez se veía con los dedos extendidos al máximo, con la palma de la mano siendo examinada, con las cartas de la baraja que le tocaban volando y aterrizando diseminadas sobre la pelusa de la alfombra. Los dedos presionaban aquel tercer ojo místico e invisible que, según se decía, se alojaba entre las cejas. Se leían las runas y se interpretaban los sueños, se escrutaban hojas de té y se celebraban sesiones de espiritismo.

Todas las mujeres llegaban a la misma conclusión, tan brutal como vaga. Aquello en lo que coincidían, expresado en gran variedad de idiomas clarividentes, era esto:

Si Blue lo besaba, su amor verdadero moriría.

Aquello fastidió a Blue durante mucho tiempo. Era, desde luego, un aviso concreto, pero tenía un algo de cuento de hadas. No decía nada sobre cómo moriría su amor verdadero. No decía cuánto tardaría en morir después del beso. Y en cuanto al beso, ¿sería en los labios? ¿O bastaría con rozarle el dorso de la mano con labios castos para provocar el fatal desenlace?

Hasta los once años, Blue creyó que contraería una enfermedad infecciosa. Un solo contacto con los labios, y su hipotético compañero del alma moriría también, consumido por una dolencia que la medicina moderna no sería capaz de tratar. A los trece, Blue decidió que serían los celos los que lo matarían: un antiguo novio se presentaría en el momento de aquel primer beso, con un arma en la mano y un corazón herido en el pecho.

Sin embargo, cuando cumplió quince, Blue concluyó que las cartas del tarot de su madre no eran más que unas cartas, y que los sueños de su madre y de todas aquellas mujeres clarividentes estaban más motivados por la mezcla de bebidas que por unas dotes adivinatorias sobrehumanas, de modo que el augurio dejó de importarle.

Con todo, no se engañaba. Las profecías que salían del 300 de Fox Way eran imprecisas, pero en cualquier caso ciertas. Su madre había soñado que Blue se rompería la muñeca el primer día de clase. Su tía Jimi había predicho el resultado de la declaración de la renta de Maura, unos pocos dólares arriba o abajo. Orla, su prima mayor, siempre empezaba a tararear su canción favorita un poco antes de que la pusieran por la radio.

Nadie en la casa dudaba de que Blue estaba destinada a matar a su amor verdadero con un beso. Aun así, aquella amenaza llevaba presente tanto tiempo que ya nadie pensaba en ella. Figurarse a una Blue de seis años enamorándose estaba tan fuera de lugar como cualquier otra fantasía.

Además, a los dieciséis, Blue decidió que nunca se enamoraría, con lo que daba igual.

Pero la cosa cambió cuando Neeve, la hermanastra de su madre, llegó al pequeño pueblo de Henrietta. Neeve se había hecho famosa proclamando a los cuatro vientos aquello que la madre de Blue hacía discretamente. Maura trabajaba en el cuarto delantero de la casa y, sobre todo, atendía a los vecinos de Henrietta y del valle de alrededor. Neeve, en cambio, efectuaba sus premoniciones en televisión, a las cinco de la mañana. Tenía una página web con viejas fotos desenfocadas en las que aparecía retratada con la mirada fija y certera. Y nada menos que cuatro libros sobre lo sobrenatural llevaban su nombre en la cubierta.

Blue no conocía a Neeve, de modo que sabía más de ella por la consabida búsqueda en internet que por experiencia de primera

mano. No estaba muy segura de la razón de la visita de Neeve, pero advertía que la inminencia de su llegada había provocado una retahíla de conversaciones a media voz entre Maura y sus dos mejores amigas, Persephone y Cala; conversaciones que se perdían en sorbos de café y golpecitos en la mesa con el bolígrafo cuando Blue entraba en la habitación. De todos modos, Blue no le concedía demasiada importancia a la llegada de Neeve: ¿qué era una mujer más en una casa repleta de mujeres?

Por fin llegó Neeve un atardecer de primavera, cuando las esbeltas sombras de las montañas del oeste parecían haberse alargado más de lo normal. Al abrir la puerta, Blue pensó por un momento que Neeve era una desconocida, una señora mayor cualquiera, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la luz mortecina y encarnada que se filtraba entre los árboles, vio que Neeve era tan solo un poco más vieja que su madre, que no era nada vieja.

Afuera, en la distancia, aullaban unos perros. Blue reconocía aquel sonido; en otoño, los del Club de Caza de Aglionby salían a caballo con sus sabuesos casi todos los fines de semana. Enseguida, Blue supo lo que significaban aquellos aullidos frenéticos: había comenzado la persecución.

–Eres hija de Maura –dijo Neeve, y antes de que Blue respondiese, añadió–: Este es el año en el que te enamorarás.

1

En el camposanto hacía mucho frío, antes incluso de que llegasen los muertos.

Cada año, Blue y su madre, Maura, iban al mismo lugar, y no había año en que la temperatura no fuese gélida. Sin embargo, aquel año, sin Maura a su lado, a Blue le pareció que el frío era aún más crudo.

Era 25 de abril, la víspera de San Marcos. Para la mayor parte de la gente, el día de San Marcos pasaba sin pena ni gloria. No era festivo en el colegio. No se intercambiaban regalos. No había disfraces ni festivales. No había rebajas del día de San Marcos, ni tarjetas de San Marcos en las estanterías de las tiendas, ni especiales televisivos emitidos para la ocasión. Nadie marcaba el 26 de abril en el calendario. De hecho, la mayoría de los vivos ni siquiera sabían que San Marcos tenía un día propio.

Pero los muertos, sí.

Temblando mientras se sentaba en el muro de piedra, Blue concedió que, al menos, aquel año no llovía.

Cada víspera de San Marcos, aquel era el lugar al que iban Blue y Maura: una iglesia apartada, tan vieja que hasta su nombre había caído en el olvido. La ruina se cobijaba en las tupidas colinas boscosas de las afueras de Henrietta, a unos cuantos kilómetros todavía de las montañas propiamente dichas. Solo permanecían en pie los muros; el tejado y los suelos hacía mucho que se habían hundido. Lo que no se había podrido del todo estaba oculto bajo enredaderas famélicas y arbustos de olor rancio. Circundando la iglesia había

un muro de piedra interrumpido en un punto por una entrada lo bastante ancha para permitir el paso de un ataúd y sus portadores. Impertérrito ante los hierbajos, un sendero conducía hasta la puerta de la vieja iglesia.

–Ah –susurró Neeve, rechoncha aunque extrañamente elegante, sentándose junto a Blue.

Una vez más, como cuando vio a Neeve por primera vez, a Blue le llamaron la atención sus manos, de una rara belleza. Las rollizas muñecas desembocaban en unas palmas blandas e infantiles y unos dedos esbeltos, rematados en uñas ovaladas.

–Ah –susurró de nuevo Neeve–. Qué noche, esta noche.

Lo había dicho así: «Qué noche, esta noche». Y al hacerlo, Blue sintió que la piel se le erizaba. Llevaba montando guardia con su madre en víspera de San Marcos diez años, pero aquella noche era diferente.

Qué noche, aquella noche.

Aquel año, por primera vez y por razones que Blue no comprendía, Maura había enviado a Neeve a hacer guardia en la iglesia en su lugar. Le había pedido a su hija que fuese también, como siempre, pero en realidad no había sido una petición. Blue siempre iba, y aquella vez no sería distinto. No había hecho planes para la víspera de San Marcos. Aun así, habían tenido que pedírselo. Cierto tiempo antes de que Blue naciese, Maura había decidido que dar órdenes a los niños era una barbaridad, de modo que Blue se había criado entre signos de interrogación marcadamente imperativos.

Blue abrió y cerró las manos, congeladas. Los bordes de los guantes, allí donde dejaban asomar los dedos, estaban deshilachándose; los confeccionó el año anterior y no le habían quedado muy bien, pero tenían un aire desarrapado bastante chic. De no ser tan presumida, podría haber usado los guantes que le habían regalado por Navidad,

sosos pero prácticos. Sin embargo, era presumida, de modo que se había decantado por aquellos guantes recortados, mucho más interesantes y mucho menos abrigados, aunque nadie excepto Neeve y los muertos fuesen a vérselos.

Abril en Henrietta solía ser un mes de buen tiempo, ternuras varias, árboles desperezándose y floreciendo, y mariquitas locas de amor estampándose contra los cristales de las ventanas. Pero aquella noche, no. Parecía invierno.

Blue miró el reloj. Faltaban unos minutos para las once. Las viejas leyendas recomendaban que la guardia de la iglesia se hiciese a medianoche, pero los muertos no hacían mucho caso de horarios, especialmente cuando no había luna.

A diferencia de Blue, que no era dada a la paciencia, Neeve aguardaba como una estatua regia en el muro de la vieja iglesia, con las manos entrelazadas y los tobillos cruzados bajo la larga falda de lana. Acurrucada y más baja y delgada, Blue era más bien una gárgola inquieta y miope. Sus ojos no estaban para noches como aquella. Hacía una noche de videntes, espiritistas, brujas y médiums.

En otras palabras, el resto de su familia.

Neeve rompió el silencio.

–¿Oyes algo? –los ojos le centellearon en la oscuridad.

–No –contestó Blue, porque así era. Pero enseguida sospechó que Neeve le había preguntado porque ella sí veía algo.

Neeve oteaba el panorama con la misma mirada fija que lucía en las fotos de su página web: una mirada deliberadamente inquietante y ultramundana que duraba unos segundos más de lo razonable. Unos días después de la llegada de Neeve, Blue se había encontrado lo bastante angustiada para comentárselo a Maura. Estaban en el único cuarto de baño de la casa, Blue preparándose para el colegio y Maura haciendo lo propio para el trabajo.

Tratando de someter todos los mechones de su oscuro cabello a la disciplina de una rudimentaria coleta, Blue había preguntado:

–¿Por qué tiene que mirar con esos ojos?

En la ducha, su madre dibujaba garabatos en el vaho del cristal de la mampara. Se había echado a reír, y las líneas recién trazadas habían dejado ver una franja de su piel.

–En Neeve, eso es marca de la casa.

Blue pensaba que seguramente había cosas mejores que mostrar como marca de la casa.

Junto a la iglesia, Neeve dijo enigmática:

–Hay mucho que oír.

Lo cierto era que no, que no había nada que oír. En verano, el paraje era un hervidero de insectos zumbando, cenzontles silbando y cuervos graznando a los coches. Pero la noche era demasiado gélida para que ningún ser se atreviese a despertar.

–Yo eso nunca lo oigo –afirmó Blue, un poco asombrada de que Neeve no estuviese al tanto. En su familia, donde la clarividencia era norma, Blue no era otra cosa que la excepción, y nunca participaba de los vibrantes charloteos que su madre, tías y primas mantenían con un mundo que escapaba a la mayoría de la gente. Lo único que tenía de especial consistía en algo que no podía experimentar en carne propia–. Para estas cosas, soy como una tapia. Pero hago que los demás oigan mejor.

Neeve no desviaba la mirada.

–Entonces, es por eso por lo que Maura estaba tan empeñada en que vinieses. ¿Hace que la acompañes tú también cuando lee el futuro?

Solo de pensarlo, Blue se estremeció. Un buen número de los clientes que entraban en el 300 de Fox Way eran mujeres desdichadas

que tenían la esperanza de que Maura viese en su destino inmediato amor y dinero. La idea de verse atrapada en casa todo el día resultaba insufrible. Blue sabía que su madre querría tenerla a su lado para fortalecer sus poderes místicos. Cuando era más pequeña, nunca se había parado a pensar en las pocas veces que su madre la llamaba para las sesiones de adivinación, pero ahora que comprendía lo mucho que contribuía a refinar los dones de otras personas, se quedaba pasmada ante su contención.

–Solo en las ocasiones importantes –respondió.

La mirada de Neeve se asomó a la fina línea entre lo turbador y lo escalofriante. Dijo:

–Pues deberías enorgullecerte. Ser capaz de intensificar las habilidades parapsicológicas de otras personas es algo tan infrecuente como valioso.

–Sí, ya –repuso Blue, con más ganas de ser graciosa que cortante. A sus espaldas, cargaba con dieciséis años para hacerse a la idea de no ser una íntima de lo sobrenatural. Y no quería que Neeve pensase que estaba pasando por una crisis de identidad por eso. Se tiró de uno de los hilos de los guantes.

–Además, tienes tiempo de sobra para cultivar tus propios poderes intuitivos –agregó Neeve. Sus ojos parecían hambrientos.

Blue no contestó. No le interesaba adivinar el futuro de otras personas. Lo que quería era salir al mundo y encontrar el suyo.

Al fin, Neeve dejó caer la mirada. Mientras acariciaba con un dedo perezoso la tierra que se acumulaba entre las piedras, dijo:

–Al entrar en el pueblo, pasé junto a una escuela. Academia Aglionby. ¿Es ahí adonde vas?

En la expresión de Blue brilló un destello de ironía. Pero, claro, Neeve era de fuera y no tenía por qué saberlo. Aun así, podría haberse figurado, viendo el inmenso vestíbulo de piedra y el aparcamiento

plagado de coches importados de Alemania, que aquel no era un sitio al que pudiera permitirse ir.

–Es solo para chicos. Van hijos de políticos, herederos de imperios petroleros y... –Blue tuvo que detenerse a pensar quién más tenía dinero suficiente para enviar a sus hijos a Aglionby–, e hijos de amantes que los adúlteros mantienen para tener la conciencia tranquila y el silencio comprado.

Neeve alzó una ceja sin levantar la mirada.

–No, en serio. Aquello es horrible –recalcó Blue. Abril era un mes malo para Aglionby: al subir las temperaturas, empezaban a proliferar los descapotables con chavales que llevaban unos pantalones cortos tan horteras que solo los muy ricos se atreverían a ponérselos. Mientras había clase, todos iban con el uniforme de Aglionby: pantalones color caqui y un jersey con cuello de pico y el emblema del cuervo. Era una manera sencilla de identificarlos. Los chicos del cuervo.

Blue continuó.

–Se creen por encima de los demás y piensan que todas nos morimos por sus huesos. Beben hasta desmayarse todos los fines de semana y hacen pintadas en el cartel que hay al salir de Henrietta.

La Academia Aglionby era la razón principal por la que Blue había fijado sus dos reglas: primera, mantenerse lejos de los chicos, porque eran peligrosos, y segunda, mantenerse lejos de los chicos de Aglionby, porque eran una calamidad.

–Eres una jovencita muy sensata –juzgó Neeve.

Blue se molestó un poco, pues ya sabía que era muy sensata. Cuando tenías tan poco dinero como la familia Sargent, la sensatez respecto a cualquier tema se te desarrollaba muy pronto.

A la luz de la luna, que estaba casi llena, Blue distinguió lo que Neeve había dibujado en la tierra.

–¿Qué es? –preguntó–. Mamá hizo el mismo dibujo.

–¿De verdad? –replicó Neeve. Ambas miraron los trazos. Eran tres líneas curvas que se cruzaban para formar una especie de triángulo alargado–. ¿Te dijo lo que es?

–Lo dibujó en la mampara de la ducha. No le pregunté.

–Lo vi en un sueño –explicó Neeve, con un tono de voz inexpresivo que hizo que a Blue se le estremeciese el cuello–. Pero quería comprobar qué aspecto tiene visto en vivo.

Neeve acarició los trazos con una mano y luego, con brusquedad, la levantó y la mostró en toda su hermosura.

–Creo que ya están aquí –anunció.

Blue y Neeve estaban allí por eso. Todos los años, Maura se quedaba sentada en aquel muro con la barbilla apoyada en las rodillas y la mirada perdida, y empezaba a pronunciar palabras. Para Blue, el lugar estaba vacío, pero para Maura estaba poblado por los muertos; no por los que ya estaban muertos, sino por aquellos que morirían en los siguientes doce meses. Para Blue, aquello era como oír tan solo la mitad de una conversación. A veces, su madre reconocía a algún espíritu, pero a menudo debía acercárseles un poco y preguntarles cómo se llamaban. En una ocasión, Maura le había explicado a Blue que, si no estuviese allí con ella, no sería capaz de convencerlos de decir su nombre: los muertos no veían a Maura si Blue no estaba presente.

A Blue le agradaba que la necesitaran para algo concreto, pero, a veces, que la necesitasen no bastaba para que se sintiese útil.

La guardia de la iglesia era imprescindible para uno de los más curiosos servicios que ofrecía Maura. Si los clientes eran de la zona, les aseguraba estar en condiciones de decirles si ellos mismos o algún ser querido estaban destinados a morir en los siguientes doce meses. ¿Quién no pagaría por saberlo? La respuesta más acertada era: la mayor parte de la gente, pues casi nadie creía en lo paranormal.

–¿Ves algo? –preguntó Blue. Tras frotarse las manos para desentumecerlas, se hizo con una libreta y un bolígrafo que estaban en el muro.

Neeve se quedó muy quieta.

–Algo acaba de tocarme el pelo.

Una vez más, Blue tuvo escalofríos.

–¿Uno de ellos?

–Los futuros muertos deben seguir el camino de los ataúdes a través de la entrada –dijo Neeve con voz ronca–. Supongo que este habrá sido otro... espíritu convocado por tu energía. Es increíble el efecto que tiene tu presencia.

Maura nunca había mencionado aquello de que Blue atrajese a otros muertos. Tal vez, por no asustarla. O quizá no los veía; quizá estaba tan ciega a ellos como la propia Blue.

Con cierta desazón, Blue percibió una brisa levísima que le rozó la piel y agitó los rizados cabellos de Neeve. Una cosa eran los invisibles y disciplinados espíritus de quienes estaban por morir, y otra muy distinta los fantasmas que se apartaban del camino.

–¿Son...? –Blue tuvo que interrumpirse.

–¿Quién eres? Robert Neuhmann –exclamó Neeve–. ¿Cómo te llamas? Ruth Vert. ¿Cómo te llamas? Frances Powell.

Apurándose con el bolígrafo para no quedarse atrás, Blue fue apuntando lo que oía a medida que Neeve obtenía nombres. De vez en cuando, echaba un vistazo al camino con la esperanza de divisar... algo. Pero, como siempre, allí solo había hierba crecida y robles insinuándose entre las tinieblas. Y la iglesia, que, como una boca oscura, iba recibiendo espíritus invisibles.

Nada que oír, nada que ver. Ninguna prueba de la presencia de los muertos excepto por los nombres que iba anotando en la libreta.

Quizá Neeve tenía razón. Tal vez estuviese pasando por una crisis de identidad. Algunos días, le parecía un poco injusto que todos los poderes y maravillas de su familia se redujesen en ella poco menos que a tomar notas.

«Al menos, formo parte de alguna manera», pensó Blue con desaliento, aunque se sentía tan incluida como un perro guía. Se situó la libreta frente a la cara y se la acercó mucho, mucho, mucho, para poder leer en la oscuridad. Aquello parecía una colección de nombres populares de hacía setenta u ochenta años: Dorothy, Ralph, Clarence, Esther, Herbert, Melvin. Y con los apellidos ocurría más o menos lo mismo. El valle estaba dominado por varias familias que venían de antiguo, extensas pero no poderosas.

Sumida en sus pensamientos, Blue advirtió que el tono de voz de Neeve se volvía más enfático.

–¿Cómo te llamas? –preguntaba Neeve–. Oye, tú. ¿Cómo te llamas?

El desconcierto de su expresión resultaba extraño. Por pura costumbre, Blue siguió la dirección de la mirada de Neeve hasta el centro del camposanto.

Y allí vio a alguien.

El corazón le dio un puñetazo en las costillas. El latido pasó, pero la figura continuaba allí. Donde no debería haber nadie, resultaba que había alguien.

–Lo veo –dijo Blue–. Neeve, lo estoy viendo.

Blue siempre se había figurado que la procesión de espíritus sería una cosa organizada, pero aquel espíritu en particular vagaba sin rumbo, titubeante. Era un hombre joven, de pelo revuelto, vestido con pantalones y jersey. No llegaba a ser transparente, pero tampoco acababa de hacerse corpóreo. Su figura era turbia, como agua sucia, y su cara, un borrón indistinto. A excepción de su juventud, no había en él ninguna característica que se pudiese identificar.